

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

El tiempo de las revoluciones

Autor/es:

Rodríguez, Hilario J.

Citar como:

Rodríguez, HJ. (2001). El tiempo de las revoluciones. Banda aparte. (21):23-26.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42517>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL TIEMPO DE LAS REVOLUCIONES

A PROPÓSITO DE *BAILAR EN LA OSCURIDAD* III

Hilario J. Rodríguez

“voy a despertarme, en el silencio, no dormiré más, seré yo, o seguir soñando, soñar un silencio, un silencio de sueño, lleno de murmullos, no sé, son palabras, no despertaré nunca, son palabras, es lo único que hay, es menester seguir, es cuanto sé, ellos van a detenerse, conozco eso, los noto que me sueltan, será el silencio, un breve instante, un buen momento, o será mío, el que dura, que no duró, que dura siempre, seré yo, es menester seguir, no puedo seguir, es menester seguir, voy pues a seguir, hay que decir palabras, mientras las haya, hay que decirlas, hasta que me encuentren, hasta que me digan, extraño castigo, extraña falta, hay que seguir, acaso esto se haya hecho ya, quizás me dijeron ya, quizás me llevaron hasta el umbral de mi historia, ante la puerta que da a mi historia, esto me sorprendería, si da, seré yo, sera el silencio, allí donde estoy, no sé, no lo sabré nunca, en el silencio no se sabe, hay que seguir, voy a seguir”.

Samuel Beckett

Cuando toda revolución nace ya caduca y con aliento solipsista, sin trincheras ni barricadas, sin idearios ni consignas, como si el orden global estuviese dispuesto para la eternidad, cualquier quiebra o resquebrajamiento en el orden geométrico del universo debería, cuando poco, encontrar un mínimo grado de asombro. Ya no se siente aquel miedo pascaliano a los espacios infinitos, a la recta sin tregua ni desfallecimientos. Parece haberse trazado para siempre el círculo que contiene al ser humano. Gracias a Dios, aún quedan pendientes la tarea del francotirador, las bombas en los bajos de un automóvil, la fría impunidad del asesinato dentro el núcleo doméstico, la incertidumbre de los pasajeros de un avión que quizás nunca llegue a su destino, los terrores sociales: el paro, el hambre, la enfermedad, la aflicción, la diferencia, el sufrimiento, la desesperación... El horror en miniatura, aquel que uno oye al otro lado del tabique, en el piso de al lado, o ve encerrado por los márgenes del televisor, a debida distancia para que no salpique de responsabilidad a los espectadores.

La guerra, a pesar de todo, continúa, aunque sólo sea en su formato de guerrillas, de pequeños grupos de agitadores a quienes, se les haga más o menos caso, debería tenerse en cuenta. Pero hoy, a diferencia de antaño, todo nace tan disgregado y lejano, tanto que en lugar de provocar la confrontación directa, se apaga en la dialéctica del gusto, en la batalla de los contrarios, sin que absolutamente nadie parezca darse cuenta de que la guerra o las revoluciones no nacen para ser simples cuestiones a debatir, sino para frenar el mundo y disolver las facciones que lo conforman, y eso no lo hacen con palabras sino con piedras.

Sin embargo, en el ámbito del cinematógrafo hoy la iracundia es de recibo entre los espectadores, que se estereotipan en las legiones del placer y en la disidencia del conocimiento. En él sus guerras siguen librándose como de costumbre, alentando posicionamientos que o bien tienen que ver con el gusto o con el sentido común, esos dos legisladores de pacotilla, o bien se sofocan enseguida, en cuanto sus instigadores pasan a formar parte de la gran familia de los asimilados, sean los chicos de las rebajas comerciales sean los *enfants terribles* del cine de *auteur*.

Los filmes, me parece, nacen disminuidos porque a nadie le cogen por sorpresa. Nadie se distancia lo suficiente de sí mismo para aceptar los riesgos ajenos, las aventuras, que han de responder a ciertos patrones o de lo contrario morir en el reposo de la intimidad. Pero desaprovechar las oportunidades es un riesgo, y en el caso de *Dogma 95* más todavía porque es un proyecto *in progress*, que desde Dinamarca, y con pocos filmes de momento en su haber, ya ha extendido las redes de su influencia a Francia y España, sembrando además la discordia allá donde se oyen los ecos de su ideario.

Bailar en la oscuridad (*Dancer in the Dark*, 2000), el último filme (*how could I say?*) de Lars von Trier, ha causado más revuelo que sus antecesores, entre otros motivos por el entusiasmo de quienes aprecian sus virtudes, de tenerlas, rebajadas por quienes no toleran tales demostraciones de entrega y admiración. Tengo para mí el que el mayor problema de este filme ha sido el intento por parte de quienes tenían que denostarlo de estar a la altura de las circunstancias, acribillándolo lo suficiente, es decir, hasta la extenuación, porque sólo con ésas podrían hacerse oír entre los griterios histéricos de sus fans. Era, al parecer, una simple cuestión de equilibrar fuerzas. Y en ese sentido, la balanza sigue sin decantarse hacia un lado o hacia el otro.

Mi problema ante el filme, que después de varias revisiones no ha con-

seguído iluminarme ni iluminarse, es que ni las leyes de la gramática me sirven para desacreditarlo ni el bombeo de mi corazoncito ha bastado para justificarlo. Continúo, como quien dice, a la deriva, en mitad de un terreno inconcreto, quizás a la espera de ese trayecto de la sensibilidad, que con anterioridad colocó a Malevich o a Rothko en la pinacoteca, sacándolos de una inmensa pared donde no habrían desentonado si el fondo continuase sus expansivas superficies cromáticas, más o menos temblorosas, más líricas o más científicas.

Pero hoy, en estas páginas, ya tenemos voces autorizadas que intentarán desvelar el peculiar mecanismo del tiempo, la secreta fórmula de la sensibilidad; dirán por qué sí o por qué no, orillando, como diría Ludwig Wittgenstein, las preguntas fundamentales, por desgracia hijas sin padre conocido, pues ni las fundamenta la lógica ni las fundamenta el corazón. De nuevo según Ludwig Wittgenstein, "*lo que decimos será fácil, pero saber por qué lo decimos será muy difícil*". A lo sumo, las opiniones servirán para afianzar los criterios, la subjetividades, las hermenéuticas y la personalidad. Sólo eso. Y yo creo que ese ejercicio de domesticación nacerá muerto, aun cuando *Bailar en la oscuridad*, guste o no, pudiese servir a la causa de la lentitud, que tan necesaria es si uno quiere aprender algo sobre la propia esencia del cine, que, por encima de su imperfección, en este caso buscada, arquitectónica, es capaz de sacudir, lo haga entre alumnos de Oxford y Cambridge o entre simples amas de casa, asiduas del culebrón mientras sus maridos duermen la siesta.

¿Tiene el cinematógrafo todavía capacidad para sembrar la duda? ¿La reflexión sensible? ¿Cómo puede ser la imperfección tan seductora? ¿Están las huellas de la experiencia mística en el musical? ¿Es la imagen más táctil si uno coloca la cámara sobre el hombro? ¿Por qué tiembla el mundo por un simple espectáculo? ¿Siguen algunos cineastas intentando conectar el cinematógrafo con lo invisible? ¿Se llama cinematógrafo a aquello que fue y se empeña en ser? ¿O será aquello que fue y hoy necesita reinventarse desde el equilibrio y la irracionalidad, desde la torpeza?

Preguntas todas ellas pendientes de respuesta, a no ser para quienes han establecido de antemano el esquema de sus vidas.

He aquí una revolución. No sé ni contra qué ni con qué fines, pero una revolución al fin y al cabo. Déjenla, por lo menos, continuar su guerra, y veremos adónde conduce. Es pronto para saber cuál va a ser el resultado final, en la lejanía aún pueden oírse los ecos de la batalla. Alguien está dando

REENCUADRES PELÍCULAS

la cara por todos ustedes. Antes de Lars von Trier fueron el silencio y Samuel Beckett, y, al parecer, ninguno de los dos se equivocó. Son ustedes muy listos, lo sé, pero quizás tampoco a Lars von Trier le falte razón. Ojalá sea cierto, por mi bien, por el todos.

"todo eso casi en blanco nada puede suprimirse casi nada puede añadirse es lo más triste eso sería la imaginación que declina al estar en su punto más bajo de lo que se llama hundirse se ha intentado".

Samuel Beckett



Lars von Trier